



ó alguna nimia formalidad, que no afectaba de ningun modo la esencia de los principios. La dinastía borbónica se vió de aquí en adelante sólidamente afirmada en el trono de nuestra nacion, sin que valieran á trastornar su estabilidad quiméricas pretensiones del emperador y lejanas esperanzas del de Saboya. El país, postrado y esquilado por guerra tan larga y por tan fatigosa serie de infortunios, empezó á esperar en la paz de su monarca que curara las heridas que por él se le habian abierto en la guerra.

Mucho nos costó el cambio de dinastía; ¿puede apreciar la historia lo que con él ganamos? Mucho sin duda, aunque no tanto por entonces cuanto fuera de desear, gracias á lo estrecho de las circunstancias, á lo mezquino de los recursos y á la demasiada atencion que se puso á la discordia de los partidos, á las particularidades de la familia y á las pequeñeces de la córte. De todos modos, cuenta es esa que está por saldar todavía, siendo su apreciacion tan importante como difícil para la historia.

CAPÍTULO IV

Caida de la Princesa de Ursinos.

Mientras esto sucedia en Cataluña, trastornos no de menor cuantía, si bien de diferente naturaleza, pasaban ó se preparaban en la córte. Falleció la reina de sobreparto, el día 14 de Febrero de 1714, á la edad de veintiseis años, corroborando el efecto de su muerte una enfermedad de languidez que hacia tiempo la aquejaba. Dejó dos hijos, ambos varones; Luis y Fernando. Fué mujer de grande ingenio y magnanimidad, afable con todos, firme con quien debia, y muy celosa en sostener el decoro de su posicion, á pesar de la tutela de Luis XIV y de la influencia de la princesa de Ursinos. Sintieron mucho aquella desgracia los españoles; su esposo en especial, que la amaba sinceramente, y que aborreciendo el lugar donde tal desgracia habia sufrido, salió de su palacio, y se retiró al del duque de Medinaceli, dejando todo el peso de los negocios á cargo del cardenal Gindice. Pensaban todos que la muerte de la reina haria cesar el predominio de la princesa de Ursinos; pero no fué así; esta mujer insinuante y astuta no habia descuidado el granjearse la voluntad del rey, asegurándose la permanencia á su lado por el nombramiento de aya del principe de Asturias. Así, con general sorpresa, el cardenal Gindice de-

cayó del poder á los tres dias de su efímero valimiento, volvió la princesa á presentarse con la misma preponderancia que antes, y se hizo un nuevo arreglo en el despacho de los principales secretarios, multiplicando los directores, restringiendo los poderes, haciendo alguna variacion en las personas y repartiendo los cuidados de la hacienda entre Orri y el conde de Bergueick. El primero manifestó en las dos veces que dirigió este ramo cierta habilidad como hacendista, é introdujo algunas reformas no despreciables, por más que su apreciacion vague incierta entre los encomios de sus partidarios y los dicerios de sus enemigos. Los miembros todos de la nueva administracion eran obedientes á la de Ursinos y dóciles á las inspiraciones del gabinete de Versalles.

Por aquel tiempo fué cuando el ilustre don Melchor de Macanaz, fiscal del Consejo de Castilla, escribió una memoria apoyada por Orri y que hizo cavilar mucho á Felipe V. Amagábase con ella reformar de todo punto la constitucion del clero. La Inquisicion fulminó sus censuras contra dicha memoria; el consejo de Castilla, á cuyo informe habia pasado, temeroso de la oposicion inquisitorial, tachó el escrito de vio-



lento y anticatólico, con lo cual quedaron en vago las tentativas de los reformadores, sufriendo con ello los gobernantes, no sólo un desaire, sino un vaiven de que les costó algún trabajo reponerse. Por lo demás, durante todo aquel intervalo de la viudez del rey, se ocupó la de Ursinos en la pretension de su principado independiente y en intrigas particulares y de menor cuantía con el gabinete de Versalles, con cuya narracion creemos inútil fatigar la historia.

A todo esto el rey, según expresion de un historiador, «por su robusta salud y la pureza de su conciencia se veía precisado á nuevas bodas.» La princesa, cuyo influjo estaba en vago y empezaba á decaer visiblemente por lo descontentos que estaban de ella y de sus intrigas franceses y españoles, quiso hacer de nuevo matrimonio un áncora para sujetar su privanza, ejerciendo sobre el ánimo de la futura esposa el mismo predominio que habia ejercido sobre la primera.

Por desgracia, obró en esta ocasion con sobrada ligereza, y se asesoró con un hombre que le hizo ver las cosas de muy distinto modo de lo que eran en sí. Este hombre era el clérigo Julio Alberoni, agente á la sazón del duque de Parma, personaje astuto y ambicioso, de grande inteligencia, si bien algo grosero en sus chistes y modales, que de bajos principios habia ascendido á las más altas dignidades de la Iglesia, y estaba destinado por su carácter y fortuna á figurar directa y poderosamente en la política europea. Habia conquistado la confianza de la princesa, y designádole para el objeto en cuestion á la hija del duque de Parma, Isabel Farnesio; princesa, según decia él, ignorante, sencilla, robusta y dócil, que no se mezclaria en asuntos políticos y que por su consorcio reanimaria el ascendiente de España sobre la Peninsula italiana. Creyó la de Ursinos en las palabras del taimado abate, y decidió al rey en favor de su nueva protegida, y obtenidos en breve el consentimiento de Luis XIV y la dispensa del papa, quedó concertado el matrimonio y se celebró por poderes el día 16 de Setiembre de 1714.

La nueva esposa de Felipe no era tal como

Alberoni se la habia pintado á la princesa de Ursinos; aunque no muy cultivado su espíritu, estaba muy bien dotada de inteligencia, y de energía, más altiva que dócil y más dominante que fácil de dominar. No faltó quien se lo dijese así á la favorita, la cual, inquieta por haber caído en tan grosero lazo, expidió con toda diligencia un correo para suspender la conclusion del matrimonio; pero éste llegó tarde y la suerte de la princesa quedó decidida.

La desposada vino á España para consumar su matrimonio, y en Pamplona se le reunió Alberoni, honrado en premio de su feliz negociacion con el título de conde y el carácter de enviado de la corte de Parma en Madrid. La princesa de Ursinos, repuesta en su destino de camarera mayor, salió á recibir á la reina á Jadraque, y ésta, después de una ceremoniosa acogida, la empezó á dirigir reconveniones en tono colérico y grosero, y últimamente, sin dar oído á sus excusas, mandó por su propia autoridad que la condujesen arrestada hasta la frontera. Así se hizo al punto, con gran sorpresa de todos y de la misma princesa, que, sin que la dejasen hacer ningun preparativo, caminó por tierra de España durante veintitres días sufriendo privaciones y teniendo que pedir prestado el dinero necesario para su viaje. Felipe no dió ninguna disposicion para anular la de su esposa, ni para endulzar la desgracia de su antigua favorita, la cual, después de estar mucho tiempo en Francia solicitando el favor de Luis XIV, salió de allí á la muerte de este rey, temiendo la enemistad del duque de Orleans, y anduvo errante por varias tierras hasta su muerte acaecida en 1722.

Mucho han divagado los historiadores sobre los motivos de la súbita y misteriosa caída de esta mujer extraordinaria: quién la atribuye á instigaciones de la reina viuda de Carlos II; quién á disgusto de Luis XIV; quién á enojo de la reina porque habia intentado suspender su matrimonio; quién, en fin, á una concesion hecha por Felipe V al descontento general.

Lo más probable parece ser que todas estas causas se aunaran para determinar el mismo fin, pues ciertamente la princesa se habia granjeado por sus manejos la enemistad de casi to-



dos, y su caída excitó en general más admiracion que sentimiento. Tuvo sin duda buenas cualidades, entre ellas la de ser adicta á los reyes á quienes servia; pero tuvo en cambio otras faltas que deslucen su historia, faltas comunes por desgracia á todos los validos, y casi nos atrevemos á decir que á todos los hombres. Cayó igualmente el partido reformador con sus dos cabezas, Orri y Macanaz, así como todas las hechuras de la princesa: recobró la Inquisicion su preponderancia, y se olvidaron los anteriores proyectos.

Un suceso acaeció por entonces que influyó grandemente en la situacion de nuestra corte. Luis XIV murió el día 1.º de Setiembre de 1715 á los 70 años de su reinado, y le sucedió su biznieto Luis XV, niño de cinco años, en cuyo nombre tomó las riendas del gobierno el duque de Orleans. Con esto quedó la corte de Madrid emancipada de la tutela de Luis XIV, tutela que á la verdad, por muy despótica y humillante que fuese, no dejó de proporcionarnos alguna utilidad. Con la muerte de aquel anciano rey, á quien Felipe respetaba sobremanera, y con la subida á la regencia del duque de Orleans, personaje poco grato á los ojos del rey de España, tomaron muy diferente rumbo nuestras relaciones con el gabinete de Versalles, trocándose la antigua adhesion en abierta frialdad y despego. Influan, por otra parte, en dicho cambio las pretensiones que habia tenido Felipe á la regencia, y tambien las esperanzas que abrigaba de sentarse algún día en el trono de Francia, del cual creia él, sin contar con la oposicion de la Europa ni con el lazo de su anterior juramento, que lo separaba tan sólo un niño enfermizo y débil.

Era, como ya se dijo, la nueva reina sobremanera arrogante y ambiciosa, si bien ocultaba su querer á fuerza del más profundo disimulo: no tardó mucho en ejercer absoluto dominio sobre el ánimo de su esposo, y en ser ella el alma de la nueva gobernacion, asesorándose para esto con el discreto Julio Alberoni, á quien debia toda la ventaja de aquellas nupcias.

La muerte de Luis XIV habia colocado á Felipe V en una situacion enteramente nueva,

y los animosos consejos de su esposa le habian puesto ante los ojos un porvenir, á cuya magnificencia faltaba sin duda el sello de la posibilidad. Felipe esperaba en primer lugar poseer, andando el tiempo, la corona de Francia, é Isabel, que á los nueve meses de matrimonio habia dado á luz un infante que se llamó Carlos, fomentaba estas esperanzas, queriendo asegurar para su hijo la sucesion en el trono francés, mientras el primogénito, habido de la primera mujer, quedaria dominante en España; pero después, conociendo la dificultad de esta tentativa, volvió su atencion á Italia, país que podia explotar en provecho de su hijo con ménos resistencia de las naciones europeas, y procuró restablecer la influencia española en aquella peninsula, á fin de asegurar al nuevo infante la sucesion en los ducados de Toscana, Parma y Plasencia, que probablemente habria de corresponderle de derecho, por falta de descendencia masculina de los tres duques. Felipe, sin descuidar las mejoras que en pro de su reino se ofrecian á su buen sentido, tenia embargada la cabeza con proyectos guerreros y planes de engrandecimiento: creíase natural continuador de la gloria y de las grandezas de su abuelo, por más que este anciano en su lecho de muerte se hubiese lamentado de la vanidad de sus hazañas y de los amargos frutos de su ambicion; queria, como él, tomar las armas y cerrar con Europa, aspirando á una prepotencia que él se imaginaba dote de su familia. Felizmente, Alberoni supo templar á tiempo estos arrebatos, haciendo ver al príncipe los abismos en que sumiría á España una nueva lucha, las dificultades que se ofrecian para salir airoso de ella, y prometiéndole, en fin, que si pudiera el reino mantenerse en paz por espacio de cinco años, á su propio cargo quedaba hacer de la nuestra la nacion más poderosa de Europa.

Desde entonces se puede decir que data la celebridad de Alberoni, ocupado hasta entonces en intrigas oscuras y en consejos particulares. Comprometido ahora con la solemne promesa que habia hecho á Felipe V, puso todo su cuidado en cumplirla, sin olvidar de todo punto su interés. Puesta su mira en la formación de una influencia española en Italia, y aprove-



chándose para ello de la desavenencia que empezaba á cundir entre los antiguos aliados, pensó en buscar un firme apoyo para sus planes ulteriores. Con el Austria no podía contarse por cuanto el emperador, aunque bien livianas debían ser sus esperanzas, no por eso dejaba su título de rey de España, sin cuidarse de la animadversión que le tenían en la parte de Italia sujeta á su dominio: quiso, pues, Alberoni captar para nuestra nación la amistad de las potencias marítimas, á pesar de la resistencia de Felipe y de los celos del comercio español. Principió para ello halagando desmesuradamente á los representantes de ambas naciones: el de Holanda, que lo era á la sazón el barón de Riperdá, su particular amigo, y que á instancias suyas había compuesto y sometido al rey un proyecto económico para mejorar el estado de la Hacienda y fomentar el comercio, la producción y la milicia, prestó fácil oído á las lisonjas del consejero de Felipe, y allanó á poca costa las vías de la amistad holandesa. Algo más caras fueron estas negociaciones con la Gran-Bretaña: además del envejecido conde que mediaba entre ingleses y españoles, resentíanse éstos de lo bien parado que había salido el comercio inglés en mengua del nacional, y aquéllos, por su parte, de no haber salido tan gananciosos como esperaban, merced á ciertos artículos llamados explicativos y unidos al contrato celebrado entre ambas potencias, por el cual se les rebajaba gran parte de sus ventajas. Aboliéronse los artículos explicativos, celebróse un nuevo tratado con grandes logros mercantiles para la Gran-Bretaña; ofrecióse solemnemente por nuestro gobierno que no se daría favor alguno al pretendiente (Jacobo Stewart) que había efectuado un desembarco en Escocia, y héchose proclamar rey de Inglaterra bajo el nombre de Jacobo III, ni á ninguno de sus partidarios, retirándose una promesa formal que de antemano se había hecho á Jacobo de favorecerle, y á costa de todas estas concesiones se creyó asegurada la amistad del gobierno inglés.

Pero no sucedió así: cuando Alberoni reclamó una alianza pública con el fundamento de haber ocupado á Novi las tropas imperiales, los

ingleses, cuyas exenciones comerciales no habían mantenido los españoles, á despecho del tratado, celebraron convenio con Francia y con Holanda, y después con el emperador, á quien en negociacion secreta ofrecieron determinar el cambio de la isla de Sicilia por la de Cerdeña, no conforme á lo que se estipuló cuando la paz de Utrecht. Llegaron estas noticias á nuestro gobierno, causando sumo despecho en el ánimo de Felipe, que se quejó amargamente á Alberoni de los pasos que le había hecho dar; éste, aunque tan desconcertado como su señor, empezó de nuevo á maquinarse artificialmente á fin de atraer á Inglaterra y separarla de su alianza con Francia, sin perdonar para ello promesas ni halagos. El cardenal del Guidice, personaje principal del partido francés, fué removido de sus puestos, como contrario á los planes del consejero de la reina, y colocado en el ministerio Grimaldo, aunque la verdadera direccion estaba en manos de Alberoni, que por entonces no quiso todavía colocarse abiertamente en el primer lugar.

Alberoni entretanto no dejaba de trabajar en provecho propio. Imposibilitó á M. de Louville, enviado por el regente de Francia para representar cerca de Felipe V contra el partido italiano, para que cumpliera este encargo, haciéndolo por orden aparente de Grimaldo y forzada disposicion del regente salir de la corte antes de haber tenido entrevista alguna con el rey. Al mismo tiempo solicitaba del papa el capelo de cardenal, para cuyo logro no cesaba de halagar á la corte pontificia y de interesar á los reyes y á los agentes de las potencias amigas, haciendo que Felipe enviase una escuadra á la isla de Corfú para lidiar contra los enemigos de la religion, prometiendo hacer renudar las relaciones entre las dos cortes española y romana, así como tambien restablecer el tribunal de la Nunciatura; en fin, llegó á conseguir el ansiado capelo, y pudiendo ya presentarse á la faz de la Europa con la brillantez que deseaba, se hizo nombrar por Felipe primer ministro.

Ocurrió precisamente esta mudanza cuando todos juzgaban llegado el momento de la caída de Alberoni: enemistado por sus intrigas



con los extraños, despopularizado entre los propios, contrariado por el rey y por sus consejeros, acababa de sufrir una derrota con el siguiente motivo. Unidas en triple alianza la Francia, la Holanda, y la Inglaterra, á fin de mantener en toda su estabilidad las bases del tratado de Utrecht, dirigian todos sus esfuerzos á impedir que estallasen España y Austria en abierta lucha que iba siendo cada vez más inminente, segun lo encontrados que andaban los intereses y pretensiones de una y otra potencia. Hallábase la corte austriaca recelosa, y no sin razon, al ver la polvareda que levantaban en Italia contra su influencia los agentes de Alberoni: de no ménos recelo adolecía el gobierno español por los tratos iniciados sobre el cambio de Sicilia. De la desconfianza se cayó en la enemistad, y el emperador dió el primer paso para ella, haciendo prender en Milan á don José de Molinés que venía á nuestra península con el carácter de inquisidor general, después de haber desempeñado nuestra embajada en Roma. Este atentado contra el derecho de gentes vino á precipitar la marcha lenta y tortuosa de los negocios. Indignése Felipe; secundaron su indignacion los que le rodeaban; el consejo de Castilla optó por la guerra, y ésta quedó decidida, á pesar de la oposicion de Alberoni.

Hay quien crea que esta resistencia fué fingida, y que el privado era secreto preparador de todo aquel rompimiento; descubra la verdad quien se sienta con mejor inteligencia, aunque en este caso parece más probable lo más claro. De todos modos, este real ó aparente desaire, que á muchos pareció el preludio de su caída, fué escabel de su futuro ensalzamiento, obteniendo á poco el capelo y de seguida la dignidad de primer ministro.

Empezó Alberoni, segun su carácter, halagando á todos, haciendo á cada cual esperar lo que le convenia, y ocupóse en los preparativos de la guerra con el mismo celo que había desplegado para prevenir su estallido. Recia había de ser aquella contienda, por cuanto los miembros de la triple alianza habrían de ponerse al lado del Austria, y España habría de verse sola en otra lucha europea: conociólo así

el cardenal, y ya lanzado en este peligroso sendero, procuraba despejarlo de peligros cuanto le fuese dable, previniendo cortesamente los amagos de las demas naciones, y dando á su primer golpe toda la fuerza del asombro. Así fué que la expedicion destinada á aquella guerra, se armaba con el mayor secreto sobre su destino; todos temian, y á todos daba Alberoni falsas seguridades ó satisfacciones equivocadas.

A principios de Agosto de 1717 salió por fin de Barcelona la misteriosa expedicion: dirigiala el marqués de Ledesma, y constaba de doce buques de guerra, ciento de transporte y casi nueve mil hombres de desembarco. Toda esta fuerza se dirigió contra Cerdeña, dividida en dos porciones, que por desgracia llegaron allá con diferencia de veinte dias, dando lugar á que el gobernador de Cagliari, que lo era el marqués de Rubi, reforzase su guarnicion y fortificase sus reparos, antes de que todo el golpe de las naves estuviese reunido delante de la plaza. Con todo, estaban en nuestro favor los habitantes, y Cagliari se rindió en breve: tomóse á Alger y Castel-Genovés, únicas fuerzas que además de Cagliari ofrecieron alguna resistencia, y en tres meses quedó toda la isla sometida á Felipe, proclamándose una completa amnistia en favor de los imperiales. Volvió la expedicion á España, quedando el general Armendariz con cinco mil hombres en Cerdeña para sostener aquella conquista.

Causó gran júbilo en la corte de España la noticia de tan feliz principio á todos, ménos al astuto cardenal, que conocia los resultados de aquella agresion, á la cual no había precedido ninguna declaracion de guerra, y si sólo un manifiesto que publicó después nuestro gobierno, poniéndose en buen lugar ante las demas naciones, y justificando largamente su paso contra el Austria. Alberoni, pues, se lamentaba entre sus amigos de no haber podido contener á tiempo los bélicos impulsos de su señor, y de que se hubiese emprendido tan azarosa tentativa antes de que el cúmulo de lo preparado, hubiese puesto fuera de todo temor á España. Causó el suceso general conmocion: viéronse todos burlados por la mañera astucia



de Alberoni, y tornáronse en quejosos los mismos que, conduciéndose el lance de otra manera, hubieran podido quedar en obligación: indignóse el emperador, trabado entónces con la guerra de los turcos, y reclamó la protección de los miembros de la triple alianza; el papa, amenazado por él como sospechoso de connivencia en aquella agresión, y resentido además por el engaño con que lo habían ido entreteniéndolo, haciéndole creer que las fuerzas de España iban á dirigirse contra los turcos, para cuyo objeto había hecho concesiones pecuniarias á Felipe V, revocó dichas concesiones, y expidió sobre el caso un breve en términos muy duros, remitiéndolo á España con un nuncio: Alberoni logró impedir la presentación oficial de dicho breve, y hacerlo caer en descrédito para con el rey, que habló de él en términos bastante desdeñosos.

Entretanto no descuidaba el cardenal los aprestos de una segunda expedición destinada á dar un golpe decisivo contra la isla de Sicilia, cuya posesión tenía entónces el duque de Saboya, en virtud de cesion estipulada en el tratado de Utrecht. Secundaba la actividad del privado el súbito entusiasmo que había cundido entre los españoles á vista del favorable resultado obtenido por los nuestros en Cerdeña: aprovechándose de este entusiasmo Alberoni, y previendo peligros que habían de venir tras aquellos primeros pasos, apretó el levantamiento de fuerzas con tanto ahinco, que en breve reunió diez y seis regimientos de infantería y ocho de caballería. Aprovecháronse, organizándolos y formando con ellos regimientos de tropas ligeras los migueletes de Aragón y Cataluña, y los contrabandistas de Sierra Morena. Estableciéronse fundiciones de cañones en Pamplona y en otras partes, fábricas de objetos militares, que hasta entónces habíamos recibido de los extranjeros, y proporcionáronse, por vía de compra ó de embargo, sendos buques de guerra y de transporte.

En esto cayó el rey enfermo, y de tanta gravedad, que hubieron de administrarle los extremos auxilios de la religión. Privado temporalmente el cardenal de tan poderoso amparo, recrecióse contra él gran tumulto de quejas

por parte de sus enemigos, acusándolo, así como á todo el partido italiano, de haber motivado tan árdua guerra y tan peligrosísima situación por sólo el afán de sus particulares intereses y con inevitable detrimento de la prosperidad nacional. Halló mala cabida en los ánimos la presunta regencia de la reina, y áun se la llegó á acusar de que intentaba dar veneno al príncipe de Asturias, para colocar á su propio hijo Carlos en el trono de España. Entabláronse relaciones con el regente de Francia para que pusiese mano contra estas insidias cuando llegase el caso. Cortó el vuelo á estas murmuraciones y tramas el haber recobrado Felipe su salud, con lo cual, á despecho de sus adversarios, quedó Alberoni más pujante que nunca, y para expresión de ello fué nombrado grande de España y obispo de Málaga, de donde subió más adelante á obtener la mitra arzobispal de Sevilla.

Las potencias interesadas en mantener la estabilidad del tratado de Utrecht, alarmadas por el giro que iban tomando las cosas, desahacíanse en esfuerzos para restablecer la concordia entre España y el imperio, mientras el pontífice Clemente XI, débil y vacilante de carácter, fluctuaba indeciso y exasperado entre las amenazas del emperador y la inflexibilidad de nuestro gobierno. Esta complicación, motivada por la doblez de Alberoni y por el juego de tantas pasiones é intereses, dió lugar á largas y difíciles negociaciones diplomáticas de muy prolija y fatigosa enumeración. Baste decir que, después de muchas tentativas de paz entre España y Austria hechas por Inglaterra, tíbiamente secundadas por Holanda y Francia, y mañosamente dilatadas por Alberoni, después de muchos arreglos no concluidos y de muchas promesas en vago, después de muchos manejos contra el cardenal, que todos quedaron frustrados por la superior destreza de este personaje, la Inglaterra, cansada ya de tanta lentitud y de tan inextricable laberinto de intrigas, se decidió á tomar cartas de hecho en el asunto, y sin tener en cuenta la exasperación de nuestro gobierno, armó una escuadra para proteger las costas de Italia. Tomó con esto nuevo aspecto el negocio; pero ni este arran-



que, ni las acusaciones directas que promovió el emperador ante la Santa Sede, bastaron á enflaquecer el bien templado espíritu de Alberoni. Entró en correspondencia con Ragotzky, ex-soberano de la Transilvania, ofreciéndole subsidios para que distrajesse por aquel lado las fuerzas austriacas; suscitó obstáculos á la paz entre este imperio y el de Turquía; dió que hacer al regente promoviendo disturbios en el vecino reino: atrajo á los holandeses con el cebo de ventajas mercantiles, calentando su rivalidad en este punto con Inglaterra; amenazó al papa y despidió de España á su nuncio; distrajo con esperanzas á Victor Amadeo y fomentó en la Gran Bretaña las discordias civiles, alentando á los parciales de Jacobo Stewart, y aconsejando á Felipe que enviase contra las Islas Británicas la expedición destinada contra Sicilia. En todas partes se hallaban la mano y la inteligencia de aquel hombre singular, cuyo elemento era la intriga y sus principales armas la paciencia y el engaño.

El 18 de Junio de 1718 salió de Barcelona una escuadra compuesta de veintidos navios de guerra, tres buques mercantes armados en corso, cuatro galeras, una galeota mallorquina, dos balandras y hasta trescientos buques de transporte: conducíanse en ellos treinta mil hombres, cien piezas de artillería de sitio, cuarenta morteros y un gran repuesto de municiones y pertrechos. Después de haber tocado la expedición en Cagliari, donde se reforzó con alguna gente de la que ántes se había dejado allí para guarnecer la plaza, efectuóse el desembarco en Sicilia. El marqués de Lede iba de jefe de las tropas y de virey de la isla.

Nuestras armas jugaron allí prósperamente al principio, afiliándose á nuestro partido con grandes aclamaciones la mayor parte de los sicilianos. Palermo nos abrió sus puertas; su ciudadela se rindió al cabo de pocos días de bloqueo, y sus contornos quedaron por Felipe sin gran dilación ni resistencia. En Mesina se levantaron en nuestro favor los habitantes y obligaron á la guarnición piemontesa á encerrarse en el castillo, al cual se le puso sitio inmediatamente. Iban, en fin, viento en popa nuestros designios, cuando la intervencion in-

glesa vino á trastornar el empuje de nuestra fortuna.

El ministro inglés Stanhope, habiendo logrado por fin fijar la política de las demas naciones que estaban á la mira de los sucesos, determinó la formación de una alianza entre su país, Francia y el imperio, que después fué llamada cuádruple cuando los holandeses entraron también en ella. Estipulóse que el emperador no llevaría en adelante el título de rey de España; que la Sicilia le pertenecería, dándosele á Victor Amadeo en compensación la Cerdeña; que la posesión de los ducados de Parma y Toscana sería reversible al infante D. Carlos y la corona de España á la casa de Saboya, y que si los reyes de España y de Sicilia no prestaban su consentimiento á este arreglo en el término de tres meses, las potencias aliadas emplearían sus fuerzas para obligarlos á ello. Oyó nuestro gobierno con indignación estas condiciones, y Alberoni recibió con mucha irritación á Stanhope, pariente del ministro inglés, que vino á tratar sobre el asunto con Felipe V.

Pero al mismo tiempo que Stanhope, había salido de Inglaterra una gruesa escuadra á cargo del almirante Byng para apoyar las proposiciones de los aliados. Al escuchar la negativa del cardenal, Stanhope le dió por sola réplica la lista de los buques que componían dicha escuadra: Alberoni, furioso, la rasgó y pisoteó; pero tuvo cuidado de dilatar por espacio de nueve días la contestación oficial para dar tiempo á nuestros buques de refugiarse en Malta. Pero todo fué en vano: habiendo recibido Stanhope por escrito la formal negativa de nuestro rey á las proposiciones que se le imponían, Byng, en conformidad á las órdenes que había recibido, se presentó con su armada en las costas de Sicilia, donde estaban los españoles á la altura de ventajas que ya dijimos. Propuso primero una suspensión de hostilidades, que no fué aceptada; embistió el día 11 de Agosto en las aguas de Siracusa á nuestra escuadra, mandada por Castañeda, buen marino. El resultado de la lucha era inevitable, puesto que los ingleses, sobre ser muy superiores en fuerzas, mezclaron sus buques con los nues-